

Este archivo contiene un capítulo del libro de
Jose Ramón Gómez Fouz, *Clandestinos*
con un prólogo de José Ignacio Gracia Noriega
Pentalfa Ediciones (Biblioteca Asturianista), Oviedo 1999
IISBN 84-7848-499-X <http://www.helicon.es>
© 1999 Pentalfa Ediciones (Grupo Helicón S.A.)
DISTRIBUCION GRATUITA * PROHIBIDA SU VENTA

Nota del autor

En 1977 el Parlamento español con todos sus miembros puesto en pie aplaudió durante varios minutos la decisión de conceder una amnistía total por motivos políticos. Entre los amnistiados figuraban un buen número de terroristas (algunos de ellos volvería a reincidir) con crímenes terribles en su haber.

Sería injusto pasar ahora factura a quienes figuran en este libro, por debilidades y flaquezas pasadas.

José Ramón Gómez Fouz

Este archivo contiene un capítulo del libro de
Jose Ramón Gómez Fouz, *Clandestinos*
con un prólogo de José Ignacio Gracia Noriega
Pentalfa Ediciones (Biblioteca Asturianista), Oviedo 1999
IISBN 84-7848-499-X <http://www.helicon.es>
© 1999 Pentalfa Ediciones (Grupo Helicón S.A.)
DISTRIBUCION GRATUITA * PROHIBIDA SU VENTA

Capítulo 1

El Partido Comunista y Asturias
(Horacio Fernandez Inguanzo, Mario
Huerta y Ángel León, tres hombres
para la leyenda)

Asturias de siempre estuvo ligada de algún modo al Partido Comunista de España: ya entre sus fundadores estaban los asturianos Oscar Pérez Solís e Isidoro Rodríguez Acevedo. Fue el Partido Comunista el que llevó, a través del Ejército Popular, las verdaderas batallas de la Guerra Civil, donde las auténticas fuerzas de choque eran comunistas: Lister, Modesto y el Campesino. El General Vicente Rojo, quizá el mejor estratega de la Guerra Civil Española, confió en las brigadas dirigidas por Lister y Modesto, dándole a éste el mando del Ejército del Ebro. El socialista Negrín, cuando es nombrado Presidente del Gobierno Republicano, confió también en los mandos militares comunistas, como comunistas fueron también los que llevarían la lucha armada contra el Régimen en las montañas y comunistas serán los que de verdad protagonicen la lucha social a partir de 1952, con su trabajo en las fábricas y sobre todo en la mina.

El Partido, que hizo uso del culto a la personalidad durante la guerra, no lo hizo a partir de entonces (quizá por enfrentamientos internos). Cuando en 1977 llega la democracia a España el Partido Socialista desenterró a sus antiguos líderes, Indalecio Prieto, Julián Besteiro, Largo Caballero y una larga lista, en justa reivindicación, pero los comunistas no rindieron culto similar a sus líderes de la República, que en realidad habían sido los héroes.

El Partido Comunista fue formándose en los años veinte. En aquellos años la Unión Soviética inundó España entera con lite-

ratura revolucionaria. El auge que alcanzarían aquellos movimientos hicieron que en el seno del Partido Socialista naciera una tendencia partidaria de aquella revolución: eran conocidos como los *terceristas*, por ser partidarios de la Tercera Internacional (los comunistas partidarios exclusivamente de Moscú fueron llamados *moscuteros*). Pronto hubo socialistas que se fueron acercando a las posiciones terceristas, varios entre los creadores del Partido Comunista.

Entre los comunistas de antes del año 1931, cuando se instaura la República, pueden citarse tres hombres importantes en Asturias: los hermanos Carlos y Etelvino Vega Martínez, y Juan Ambou Bernat.

Juan Ambou, aunque nacido en Lérida, puede considerarse asturiano, ya que en Oviedo transcurrió parte de su vida, a donde llegó siendo niño, con ocho años. Su padre, Ramón Ambou, que era ferroviario, ya había sido detenido en la huelga revolucionaria de 1917 y trasladado a Puente de los Fierros. Fue detenido en presencia de su hijo, lo que influiría en el posterior comportamiento ideológico de Juan Ambou. Vivió en el barrio de La Argañosa, donde gozaba de popularidad, y su padre logró meterlo a trabajar en el ferrocarril. A los veinte años ya era Secretario del Sindicato de Ferrocarriles del Norte, en cuya organización pronto destacó, y como tal fue captado por el Partido Comunista. En el año 1931 fue Ambou uno de los organizadores del Ateneo Obrero de La Argañosa, que como otros de Oviedo se hallaban dominados por marxistas. En 1933 fue designado para asistir a la Fiesta del Trabajo en Moscú, el primero de Mayo. En los sucesos de 1934 es, junto con Aída de la Fuente, el miembro más importante del Partido Comunista (en Oviedo): durante la revolución su Comité de Abastos fue el que mejor funcionó, revelándose como un buen organizador, tanto político como combatiente. Tras el fracaso de la revolución se exilia a la Unión Soviética. Volvió en 1936 asistiendo a las reuniones que se celebraron en el Gobierno Civil los días 18 y 19 de Julio, oponiéndose en nombre del Partido Comunista a la salida de las columnas mineras para defender Madrid. Su propuesta no fue escuchada y el tiempo le dio toda la razón. Perteneció al Comité del Frente Popular. En la *Historia del Ejército Popular de la República*, Salas Larrazabal dice que el Partido Comunista en Asturias estaba representado por Juan Ambou, Horacio Argüelles y Juan José Manso de la Abad (Juanjo), que eran sus miembros más importantes. A Ambou se le

adjudicó la Consejería de la Guerra, luego la de Instrucción Pública. Terminada la guerra se exilió en México, y mucho más tarde se uniría al Partido Comunista VIII y IX Congreso, de Enrique Lister. Volvió a España el 2 de noviembre de 1976, aunque regresaría a México para quedarse definitivamente.

Si Ambou fue uno de los primeros políticos importantes del Partido Comunista en Asturias, al mieroense Etelvino Vega Martínez se le buscaba ya en 1925 por difundir hojas clandestinas, pero ni en Oviedo ni en Mieres se le podría encontrar, pues Etelvino estaba en Madrid desde 1921, manifestándose en sus calles pidiendo una República Soviética, ascendiendo dentro del Partido y formando parte de su Buró Político. Tras sucesivas tensiones dentro del Partido pasa una temporada en la Unión Soviética, donde llega a dirigir las Juventudes Comunistas. Tenía un importante historial como revolucionario, que refrendó como militar en el Ejército de la República.

El 15 de enero de 1931 sale a la luz *Mundo Obrero*, y entre sus colaboradores figura Etelvino Vega. El 14 de abril de 1931, con José Bullejas, instiga desde una furgoneta para que se asalte el Palacio Real. Con unos manifestantes, ese 10 de mayo, prende fuego al periódico católico *El Debate*. Un mes después dirige la publicación *Juventud Roja*. Logró que *Mundo Obrero* se publicase a diario y fue uno de sus colaboradores fijos.

Durante la Guerra Civil un revolucionario profesional como él mandó batallón, columna, brigada y división. En el Ebro era el jefe de la 68 Brigada mixta, también luchó en Teruel y Huesca. El 27 de febrero de 1939 fue nombrado Comandante Militar de Alicante, y según Salas Larrazabal, fue uno de los jefes más destacados que surgieron de las milicias, en las que alcanzó el grado de Teniente Coronel. Lo describe así: «Su aspecto era tosco, más bien bajo y de unos cuarenta años, su semblante no era de hombre culto ni tan siquiera inteligente, sobre todo cuando tuvo mando de mayor nivel.»

Etelvino Vega fue hecho prisionero y fusilado en el año 1939. A pesar de su brillante historial apenas es recordada su figura ni en Asturias ni en el Partido. Su hermano Carlos formaba con Juan José Manso de la Abad, Paulino González, José Fernández, Manuel Grossi y algún otro la minoría comunista dirigente en Asturias.

El Partido Comunista no era importante en el año 1934, pero gracias a Carlos Vega fue admitido en la Alianza Obrera Revolu-



Higinio Canga Díaz,
«Saborit»

Cabaña donde pasaba las
noches Mario Huerta, a
pocos metros de donde lo
hacía Horacio.



Cabaña llamada «la cuadra
de los Sucos», en la
Mosquera, donde durmió
alguna vez Horacio

cionaria, empezando a tener entonces el Partido Comunista relevancia. En las elecciones de 1933 había presentado candidaturas, entre ellas la de Carlos Vega Martínez, pero no había logrado ningún elegido.

Para oponerse a la UGT, el Partido Comunista creó su propio sindicato, la Confederación Nacional del Trabajo Unitario, y en el Comité Nacional de esta organización encontramos a Carlos Vega como su representante en Asturias.

Carlos Vega, después de octubre de 1934, estuvo también exiliado en la Unión Soviética, donde concurrió como representante del Partido Comunista al VII Congreso de la Internacional Comunista. Gracias a la amnistía de 1936 pudo volver a España, pero ya el 20 de julio fue detenido. Sometido a consejo de guerra y condenado a muerte, acabó sus días ante un piquete de ejecución, siendo fusilado el 20 de enero de 1937. El mismo final que, como ya hemos dicho, esperaba a su hermano dos años después.

Pero el Partido Comunista siguió creciendo, y siempre ocupando Asturias un papel importante. Dolores Ibarruri salió diputada por Asturias en 1936. Santiago Carrillo es asturiano y el que sería sucesor suyo, Gerardo Iglesias, también lo es. El Partido tuvo siempre una gran importancia en esta región, hasta el punto de llegar a contar entre sus afiliados con gentes cuya ideología no era marxista, pero que encontraban en el Partido la única estructura organizada que de verdad luchaba contra el Régimen.

Tras el final de la guerra y de la guerrilla, fueron tres hombres clave los encargados de dirigir el Partido desde la clandestinidad: Mario Huerta, Horacio Fernández Inguanzo y Ángel León Camblor. Después *saltarían* (que era como se decía pasar a la clandestinidad) otros más jóvenes, discípulos de éstos.

Mario Huerta fue el primero de los tres en *saltar* a la clandestinidad. Había nacido en Villarín, Trubia, en 1915. Como todos los de los alrededores del pueblo de Trubia, trabajaba en la Fábrica de cañones. Huerta jugaba al fútbol en el Juvencia y en el año 1933 asistió al primer mitin del Partido Comunista en Mieres. Con diecinueve años era miembro del Comité Regional, y tuvo una destacada actuación en los sucesos de 1934. Derrotada la Revolución estuvo en la cárcel hasta la amnistía de 1936. Acabada la Guerra Civil vive huido y en 1941 es detenido en pleno monte: intenta suicidarse cortándose las venas de la muñeca izquierda. Permaneció en prisión once años y tres días: Burgos, Ocaña y

Oviedo serían sus penitenciarías. Cuando salió trabajó de viajante, lo que no dejaba de ser una mentira piadosa, para reorganizar un Partido totalmente deshecho, teniendo que presentarse a la Policía todos los meses entre los días 1 y 5 de cada mes.

En esa situación estaba cuando le llaman de París para asistir a un Congreso. Una vez en la capital francesa se le comunica que tiene que desplazarse a Praga, donde estuvo más de quince días. Entre una cosa y otra pasaron dos meses, en los que no hizo acto de presencia en la comisaría de Policía. Cuando volvió preguntó a los camaradas, entre ellos a Higinio Canga, en ese momento el dirigente más importante del Partido Comunista en Asturias, si se presentaba de nuevo a la Policía, recomendándole éste que no lo hiciera, ya que no podría demostrar dónde había estado y volvería a la cárcel.

Se dedicó entonces a organizar desde la clandestinidad la Dirección Regional y todas las células. Como traía y llevaba propaganda dentro de un saco, le quedó el apodo de «el hombre del saco». Soltero (o mejor, casado con el Partido Comunista) se dedicó a recorrer Asturias, durmiendo en cuadras y pajares, también en alguna casa, pero eso de las casas era un lujo y en muy pocas se demoraba, para no comprometer a nadie. Quizá en la que más confianza tuvo fue en la de Peláez, en Sama, que nunca le vieron disgustado ni quejoso. Corren anécdotas, dignas de ser recordadas, sobre su capacidad de sufrimiento. En una ocasión quedó en enlazar en una cabaña, en La Mosquitera, con uno del pueblo llamado Mario (igual que él). Pero a este Mario tardaron en avisarle tres días y cuando se enteró y corrió a la cabaña, se encontró con un Huerta casi desvanecido, que con gesto triste y preocupado le dijo:

—*Llevo tres días esperándote*

—*¿Y qué comiste?*

—*Nada*

—*¿Pero cómo no fuiste a mi casa?*

—*Para no comprometerte.*

A cada mojadura, los camaradas hablaban de comprarle una gabardina o una manta, para que pudiera taparse en las cabañas, pero él se resistió siempre.

—*Bastante hacéis que ya ponéis dinero del bolsillo para desplazamientos y comida.*

Solía, después de una mojadura, meterse desnudo entre la hierba seca y dormir así para poder secarse. En una ocasión fue a buscarle a la cabaña Vicente Gutiérrez Solís. Como no lo encontró en el interior, salió al campo gritando varias veces: *Cho, Cho* (era la contraseña habitual). Lo encontró desnudo, tirado en pleno campo, secándose al sol.

Le llenó de sorpresa como le sacó el Partido para Francia. La primera vez gracias a un contacto en Oviedo, en el Campo de San Francisco, con un camarada que vino desde París y que fue también quien le había sacado de Asturias antes de hacerse ilegal.

Cuando Horacio salió de la cárcel comenzó a enlazar a la gente del Partido por Gijón y Avilés, mientras que Mario Huerta lo hacía por Laviana, Sama y Mieres. Llegó junto con Horacio a contactar con Antonio, un minero asturiano que trabajaba en las minas leonesas con la intención de hacer pequeñas huelgas en petición de mejoras para los obreros, y preparar así la huelga general. En León la cosa no salió bien. En los años de 1957 y 1958 comenzaron las huelgas mineras y también comenzó a llegar dinero del Socorro Rojo, siendo Huerta el encargado de distribuirlo entre los necesitados, metiendo billetes de cien pesetas por debajo de las puertas. Se corría entonces la voz de «ya llegaron los verdes» (a pesar de que no eran los billetes de cien los que tenían ese color). Junto con Horacio empezaron a presentar candidatos a las elecciones sindicales, entre ellos a hombres de izquierdas. Todavía en 1957 mucha gente se tomaba a broma las Elecciones Sindicales, llegando a poner el nombre de Kubala en alguna de las papeletas. Pero a medida que el Partido comenzó a infiltrarse en ese proceso, la cosa se fue tomando en serio.

La huelga de 1962 cogió a Mario Huerta en París. En el año 1963 llegó a Madrid, después de la detención de Sandoval, cuando la organización en Madrid había quedado desmantelada. Allí se quedó Mario Huerta, alternando con frecuentes viajes a Asturias. En el año 1969 entró en depresión (la enfermedad de los clandestinos) marchando a Francia y luego a Rusia a reponerse: fue la primera vez que pisó la cuna del comunismo. En 1976 volvió a España, antes de la amnistía, pues salió un decreto por el que a los que no tenían delitos de sangre se les daban todas las garantías para una vida normal, y tras la detención de 1941 se había demostrado que él no estaba acusado de ese tipo de delito. Falleció en Gijón el 29 de enero de 1996, viviendo los últimos meses en

una residencia de ancianos. Fue una de las personas que más luchó por la llamada reconciliación nacional.

De Horacio Fernández Inguanzo queda todo dicho, en cuanto al tipo de persona que era, sólo con mencionar el apodo con el que se le conoció: *El Paisano*. Nació en Pría el 8 de abril de 1911, hijo de un maestro. Transcurrió su niñez en Cabrales, donde su padre daba clase (allí se hizo experto degustador del queso Cabrales), y a los catorce años se desplaza a Oviedo, trabajando en el Hotel Covadonga como botones. En 1932 acaba la carrera de Magisterio. La Guerra Civil le sorprende en Pola de Gordón, con una colonia del Orfanato Minero.

En agosto de 1936, ya en plena Guerra Civil, ingresa en el Partido Comunista. En la campaña alcanza el grado de Teniente de artillería. Mientras tanto su padre es fusilado por las tropas del general Franco, uno de sus hermanos muere combatiendo y otros fueron condenados a penas de varios años de cárcel. Uno de sus hermanos, también maestro, acompañó la expedición de niños asturianos que fueron acogidos en Rusia. En resumen, quedó deshecha toda la familia. Horacio fue detenido en Santander en 1937 y condenado en Bilbao a la pena de muerte, le fue conmutada por cadena perpetua, saliendo de la cárcel el 19 de junio de 1943.

Marcha a Luarca y regresa a Gijón al cabo de un mes. En noviembre de 1943 reside en Gijón, haciendo creer que hace una vida muy retraída dando clase en su domicilio a niños. No aparentaba realizar otras actividades, pero sin embargo pertenecía a la organización Unión Nacional. Formó parte de un comité en unión de José Santos y Luis González, desempeñando el cargo de Secretario y encargado de la distribución de la propaganda en Gijón, Sama, Infiesto y Mieres, así como de recibir el importe de las cotizaciones del grupo. Tenía contactos con personas de otras provincias, principalmente con Ibarra de Bilbao, que le suministró propaganda en alguna ocasión. Adquirió una multicopista para la mejor tirada de aquélla y animaba a los compañeros del grupo a ir formando ambiente entre los obreros donde trabajaban para captar el mayor número de adeptos. Al enterarse de la caída de Unión Nacional, se fugó de su domicilio, dirigiéndose a Santander y Bilbao. Al regresar a Asturias fue detenido por la Guardia Civil, en Pravia, el 19 de octubre de 1945. En ese momento presentó una documentación a nombre de Ataulfo Cifuentes Rivas, consistente en un carnet de orden público y un salvoconducto a nombre

del mismo para circular por toda la provincia. Al ser detenido se le encontró una pistola de 9 mm., con cargador de ocho balas, y dieciocho balas más en una bolsa, además de libros, folletos, y artículos de propaganda comunista. En el interrogatorio la Guardia Civil le rompió la mandíbula de una patada y en el juicio fue condenado a catorce años y un día de cárcel. Y a mil pesetas de multa, sustituible por un mes de arresto en caso de impago, como autor de un delito de uso público de nombre supuesto.

Junto con Horacio fueron detenidos y juzgados sus camaradas Juan Gallardo Arbanepe y Ángel Muerego González, que fueron condenados a tres años de prisión; Jacinto Puente Rey, Claudio Gutiérrez Puente y Mateo Domínguez Fernández que lo fueron a dos años y seis meses; Paulino Rodríguez Hidalgo y Ramón Rodríguez Monemeza, a dos años. También fueron detenidos y juzgados, resultando absueltos, Matías Alvarez, José María Dávila, Sebastián Hernández Martínez y Avelino Alvarez Rodríguez, así como Félix Castro Alvarez.

Horacio salió en libertad nueve años más tarde, dedicándose de nuevo a reorganizar el Partido, con Mario Huerta e Higinio Canga. Tenía que presentarse cada quince días a la Policía, y como Mario Huerta *saltó* primero a la clandestinidad, los funcionarios policiales le preguntaban a Horacio:

—*¿Qué es de Mario Huerta, que no volvió?*

En 1958 saltó él a la clandestinidad, cuando iban a detenerlo. Desde ese año hasta 1969, en que sería de nuevo detenido, se mueve por toda Asturias y desaparece por temporadas, que pasa en Francia o visitando algún país del Este. El Partido, temiendo quemarlo durante los años de 1960 y 1961, preparó su relevo, que nunca se llevó a cabo. Sería entre los comunistas un mito insustituible, duro consigo mismo, honrado y trabajador. Exigía también a los camaradas sacrificio y que cumpliesen las órdenes que él daba.

Falleció veinticinco días después que Mario Huerta y al igual que éste sin un solo bien de su propiedad. Como anécdota de su personalidad y sus creencias, en una ocasión el fotógrafo Nebot, ya en democracia, pidió a Troteaga, a la sazón Director de la Caja de Ahorros, si era posible dar un crédito de bajo interés a Horacio, enfermo como estaba del corazón y que vivía en un piso de alquiler sin ascensor. Troteaga acordó dárselo sin interés. Enterado Horacio entró en cólera contra Nebot:

—*Yo no quiero tener una sola propiedad, he vivido siempre con unos ideales y no voy a cambiar ahora.*

Nebot nunca había visto hasta entonces enfadado a Horacio, al *Paisano*.

Cronológicamente el tercer líder clandestino en Asturias, después de la Guerra Civil, fue Ángel León Camblor. Para los no pertenecientes al Partido no alcanzó la popularidad de los otros dos, aunque Ángel León tenía un pasado mucho más importante, políticamente hablando.

Ángel León nació en Oviedo, en Ferreros, cerca de la cárcel, en agosto de 1915. Trabajó en la farmacia de Donapetri, pasando después a la de Fernández Trelles donde le cogió la guerra. Al estallar ésta se traslada con la columna motorizada de mineros que pretendía llegar a Madrid, al llegar a Benavente se dieron cuenta del engaño del Coronel Aranda y volvieron para Asturias. Fue miembro local de las Juventudes Socialistas de Oviedo (que era de donde provenía políticamente). Cuando se unificaron las Juventudes Comunistas y Socialistas pasa a ser miembro del Comité Regional. Después sería Comisario Político en la Academia Militar de Deva.

En Octubre de 1937 salió de Asturias para Francia, volviendo a entrar en España por Barcelona, donde esperó ordenes de Alvarez del Vayo, siendo destinado a Valencia, donde realizó un curso de formación político militar en la Escuela central de Comisarios, pasando luego a la Comisaría nacional de Seguridad, ya que él pertenecía al Comité comunista de Seguridad. Retirándose para Francia por Barcelona, cayó allí enfermo de tifus y conoció a una enfermera que había hecho el curso en la Escuela de Enfermería de la Generalitat, la que luego sería su esposa.

Después de estar en tres campos de concentración se incorpora a la Resistencia Francesa, alcanzando el grado de Capitán. Terminada la Guerra Mundial siguió preparando políticamente grupos de guerrilleros que habían de entrar en España. Fue jefe de la base número uno en Pau, y se movía por gran parte de Francia.

Trabajó como metalúrgico y transportista, siendo después responsable político del Partido en Tarbes, que era como la capital del alto Pirineo. El Partido, tras el fracaso durante 1960 y 1961 de introducir alguien en Asturias capaz de sustituir a Horacio, encarga esta misión a Ángel León. En 1962 regresa a España

legalmente, donde logra unos primeros contactos. Saldría de España para volver en 1963, ya como clandestino, pasando largas estancias aquí alternadas con viajes a Francia. Hombre culto, inteligente, de gesto sereno, se ganó algunas enemistades entre las bases al imponer disciplina, puntualidad y orden. En el año 1971 fue detenido y pasó dos años en la cárcel. Ya en libertad, en 1973, siguió trabajando para el Partido. En la actualidad vive en Gijón, apartado de la política.



Claudio Ramos Tejedor